



www.editorialmachado.com

Tiqqun

PRIMEROS MATERIALES PARA UNA
TEORÍA DE LA JOVENCITA

Traducción de
Diego L. Sanromán

Seguido de
HOMBRES-MÁQUINA: MODO DE EMPLEO

Traducción de
Carmen Rivera Parra

MACHADO LECTUS

Número 15

EDITA A. Machado Libros

editorialmachado@machadolibros.com • www.editorialmachado.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

Títulos originales: *Premiers matériaux pour une théorie de la Jeune-Fille*
(VLCP, 2006)

Hombres-máquinas: *mode d'emploi*
(Michel Baverey, 1999)

© de la traducción de *Primeros materiales para una teoría de la Jovencita*:
Diego L. Sanromán

© de la traducción de *Hombres-máquina: modo de empleo*:
Carmen Rivera Parra

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2024

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

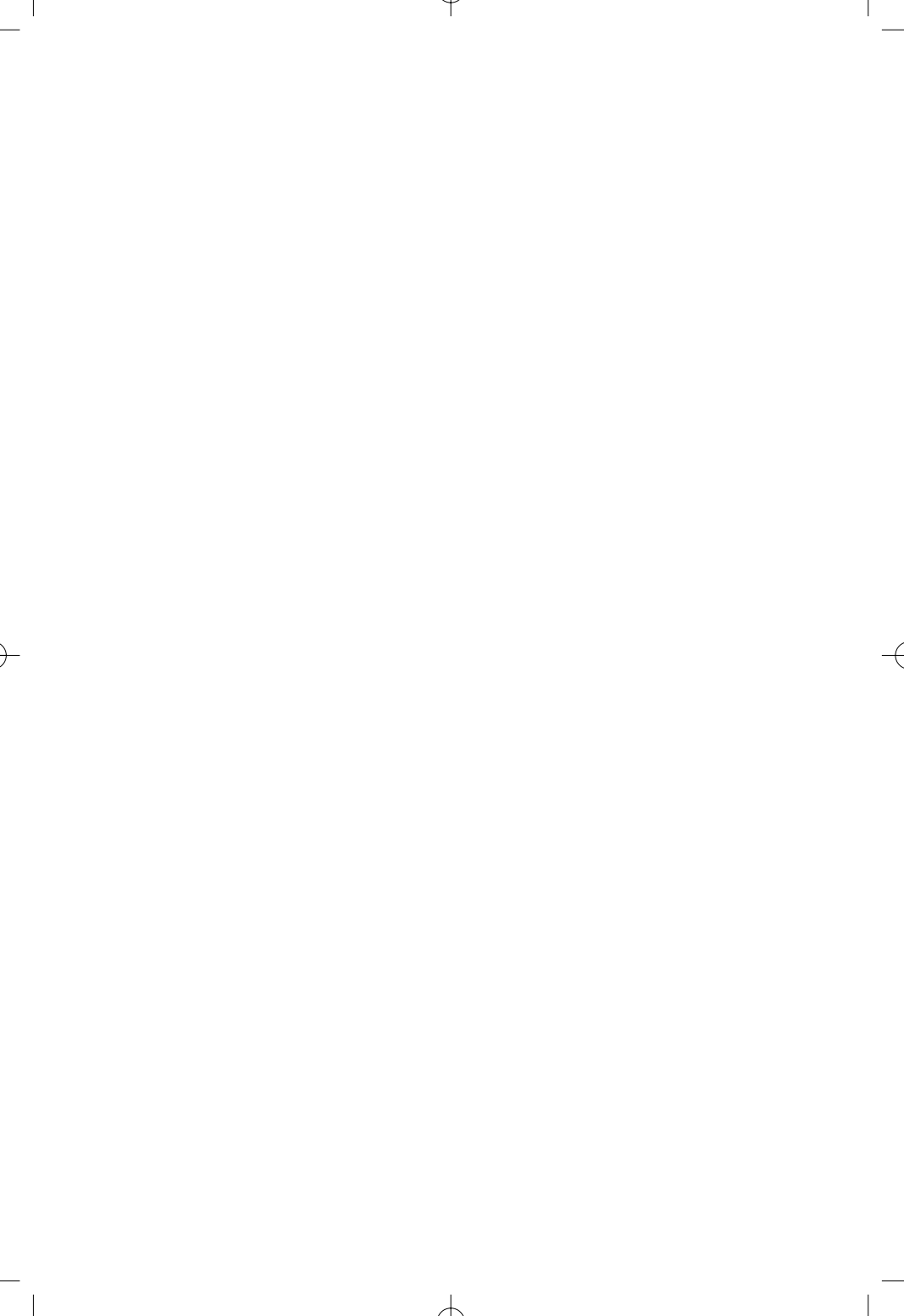
ISBN: 978-84-7774-398-9

DEPÓSITO LEGAL: M-7016-2024

Impreso en España

Índice

Nota editorial y pequeña guía de viaje	9
Primeros materiales para una teoría de la Jovencita	15
Preliminares	19
I. La Jovencita como fenómeno	29
II. La Jovencita como tecnología del yo	55
III. La Jovencita como relación social	71
IV. La Jovencita como mercancía	81
V. La Jovencita como moneda viviente	99
VI. La Jovencita como dispositivo político compacto	109
VII. La Jovencita como máquina de guerra	117
VIII. La Jovencita contra el comunismo	127
IX. La Jovencita contra sí misma: la Jovencita como imposibilidad	135
X. Acabar con la Jovencita	145
Hombres-máquina: modo de empleo	157
Advertencia	159
La Asombrosa Hipótesis	161
De sujetos a pacientes	167
Viagra, biopolítica y placer de saber	170
Del deseo indiferente	178
De la reificación	183
Del post-feminismo	185
<i>Quasi unum corpus</i>	187
Joyas indiscretas y Shekhiná	189
Biopolítica y moneda viril	194
La comunidad que viene	195



NOTA EDITORIAL Y PEQUEÑA GUÍA DE VIAJE

Una primera versión de «Primeros materiales para una teoría de la Jovencita» y «Hombres-máquina: modo de empleo» apareció en 1999 en el primer número de la revista *Tiqqun*. La editorial Michel Baverey publicó una versión aumentada de «Hombres-máquina...» en el mismo año 1999. Y en 2006, las ediciones VLCP publicaron una versión modificada y aumentada de los «Primeros materiales para una teoría de la Jovencita». Ambas están recogidas en la página web «oficial» de *Tiqqun* (bloom0101.org). Y son estas dos versiones las que traducimos y presentamos aquí.

¿Por qué reunir estos dos artículos precisamente? Se trata seguramente de los dos textos donde *Tiqqun* analiza más directa y ampliamente el *biopoder* contemporáneo: la reducción de la vida humana a simple carne que vigilar y gestionar según parámetros estandarizados de belleza, salud o placer. Desde el poder médico al mercado de las sensaciones, el *biopoder* se arroga toda competencia sobre lo que tenemos de más íntimo, ya sea nuestro sufrimiento o nuestro deseo. Los expertos y especialistas del *biopoder* nos definen y describen lo que sentimos verdaderamente. De ese modo, nos quedamos sin lenguaje (físico o verbal) para nombrar nuestros malestares o expresar lo que queremos. Ya no somos capaces de hablar, sentir o desear por nosotros mismos. Pasamos de sujetos a pacientes, de cuerpos apasionados a autómatas emocionales. Nos transformamos en cosas. La *Jovencita* y los *Hombres-máquina* son las figuras a través de las cuales

Tiqqun piensa estos cuerpos extranjeros a sí mismos y sometidos a la tiranía del «buen funcionamiento» (en la salud, el amor o el sexo).

En el número 1 de la revista *Tiqqun* se pueden leer algunos artículos dedicados a otros conceptos clave de este no-grupo, como Bloom, Partido Imaginario o el mismo término Tiqqun. Quizá por esa razón son conceptos que aparecen mencionados aquí y allá en los dos textos que ahora presentamos por separado sin ninguna explicación especial. Dejamos caer aquí algunas claves para su comprensión:

Metafísica occidental y metafísica crítica:

La metafísica occidental encuentra su consistencia en el presupuesto de un punto de vista soberano sobre el mundo. No se trata de un pensamiento sin consecuencias, sino de una *filosofía práctica*: Occidente está hecho a imagen y semejanza del esquema metafísico por el cual un sujeto soberano (Hombre, Razón o Progreso) se opone o gobierna todo lo que no es él («dueños y señores de la naturaleza»). Ese sujeto o presencia soberana asume la forma de una fortaleza absoluta, separada, sin relación, autosuficiente y autocentrada. De la distinción entre sujeto y mundo, base de la metafísica occidental, se derivan luego otras muchas separaciones desgarradoras: entre cultura y naturaleza, contemplación y acción, libertad y apego, sí mismo y otro, humano y no humano, etc.

La filosofía de Tiqqun recibe el nombre de «metafísica crítica» porque parte de preguntas radicales sobre el sentido de la vida que hunden la frontera que nos separaba nítidamente del mundo. A través de ellas nuestro ser-en-el-mundo se vuel-

ve problemático, pierde el control sobre la realidad y se abre así a la posibilidad de crear otros modos de existencia.

Poder, espectáculo, imperio:

Tiqqun se esfuerza en analizar el poder, no tanto como la acción de un agente extranjero o un sujeto que nos hace frente, sino como un conjunto de relaciones en las que estamos involucrados. De ese modo redefinen y usan dos conceptos relevantes de la teoría crítica contemporánea: espectáculo (Guy Debord) e imperio (Toni Negri).

«El espectáculo no es una cómoda síntesis del sistema de los mass-media. Consiste también en la crueldad con la que todo nos remite sin tregua a nuestra propia *imagen*.

El imperio no es una especie de entidad supra-terrestre, una conspiración planetaria de gobiernos, de redes financieras, de tecnócratas y de multinacionales. El imperio está allí donde *no pasa nada*. En cualquier sitio donde *esto funciona*. Ahí donde reina la *situación normal*.» (*Llamamiento; y otros fogonazos*)

Partido Imaginario:

Tiqqun llama así a la multiplicidad de prácticas, existencias y mundos dis-conformes. No se trata de una clase social ni de un segmento concreto de la sociedad, sino más bien de un movimiento difuso de *deserción* de las formas de vida y los papeles impuestos (jóvenes, obreros, mujeres, víctimas). El Partido Imaginario no plantea un antagonismo dialéctico o una relación de fuerzas clásica (clase contra clase), sino un movimiento de secesión creativa y *separ/acción* de la sociedad.

La tarea *política* es articular esas deserciones heterogéneas en un plano de consistencia, sin totalizarlas ni unificarlas.

Nuda vida y formas-de-vida:

Son dos conceptos que Tiqun retoma del filósofo Giorgio Agamben. La nuda vida es la vida concebida como mera función biológica. Se opone a la vida del ser político que tiene lugar en el espacio de una comunidad política. En su trilogía *Homo sacer*, Agamben analiza el poder en Occidente como gestión de la vida reducida a nuda vida: personas sin ningún derecho que habitan un espacio de excepción o cobayas humanas convertidas en objetos experimentales de la tecnociencia.

Por el contrario, una forma-de-vida es esa intensidad apasionada que polariza nuestra existencia y deshace la distinción entre público y privado, existencial y político, interioridad y acción. Según Tiqun, «cada cuerpo está afectado por su forma-de-vida como por un clinamen, una inclinación, una atracción, un *gusto*». La inclinaciones de las formas de vida no definen una identidad (*qué soy*), sino por el contrario una singularidad, una presencia y un ser-en-situación (*cómo yo soy lo que soy*). La inclinación se puede conjurar o asumir. La nuda vida sería el resultado de la primera opción. La segunda abre el camino a la posibilidad *política*: la elaboración del libre juego entre formas de vida.

Bloom y «mala sustancialidad»:

El Bloom es una figura ambivalente. Por un lado, sustituye al «proletario» de Marx, al «espectador» de Debord y al «musul-

mán» de Agamben como representación de la alienación y la desposesión extremas. El Bloom es una *nada*. Pero una nada que puede serlo *todo*. Expropiado de cualquier inscripción en una comunidad, el Bloom es también «pura disponibilidad para dejarse afectar». Pura humanidad desnuda. Eso le abre la posibilidad de reapropiarse de su no-pertenencia esencial y recrear lo común y la comunidad fuera de los moldes tradicionales: nación, clase, comunidad de oficio, etc. En el Bloom habita la promesa de una comunidad abierta e incluyente, no definida por una identidad. Pero no es fácil hacerse cargo de tanta desnudez: la «mala sustancialidad» es la adhesión ciega del Bloom a cualquier identidad postiza desde el miedo al vacío.

Como explica Agamben hablando de Tiqqun, «denominan Bloom a los nuevos sujetos anónimos, a las singularidades cualquiera, vacías, dispuestas a todo, que pueden difundirse por todos lados pero permanecen inasibles, sin identidad pero reidentificables en cada momento. El problema que se plantean es: ‘¿Cómo transformar el Bloom? ¿Cómo operará el Bloom el salto más allá de sí mismo?’»

Existencia impropia (palabrería, equívoco, se-dice, curiosidad):

«Prisionero en la trivialidad de la existencia cotidiana, el hombre vive bajo el imperio impersonal del ‘se’ (*das man*): yo me veo obligado a trabajar, a vivir e incluso a sostener determinados puntos de vista porque así *se* trabaja, *se* vive y *se* piensa» (Heidegger). Los rasgos de la existencia impropia, inauténtica y banal según Heidegger son tres: la *falsa curiosidad* o afán de novedades por la que el sujeto salta de una cosa a otra incapaz de detenerse y sin profundizar en nada; la *palabrería* que consiste en hablar de las cosas sin entenderlas y asumir-

las, repitiendo simplemente lo que *se dice y se oye*; y el *equivoco* en el cual no se sabe qué se comprende y qué no se comprende, todo tiene aspecto de genuinamente comprendido, cuando en el fondo no lo está.

Recordemos que el ON francés, usado por Tiqqun así en mayúsculas, puede significar tanto SE como UNO. Hemos preferido traducirlo generalmente por SE, en el sentido expuesto en esta nota, pero en ocasiones hemos dejado UNO para sugerir otro sentido: el *UNO* de la organización social autoritaria.

Tiqqun:

En la Cábala de Isaac Luria (1534-1572), el término ‘Tiqqun’ denomina el proceso de redención, de la restauración de la unidad del sentido y de la vida, de la reparación de todas las cosas por la acción *de los hombres mismos*.

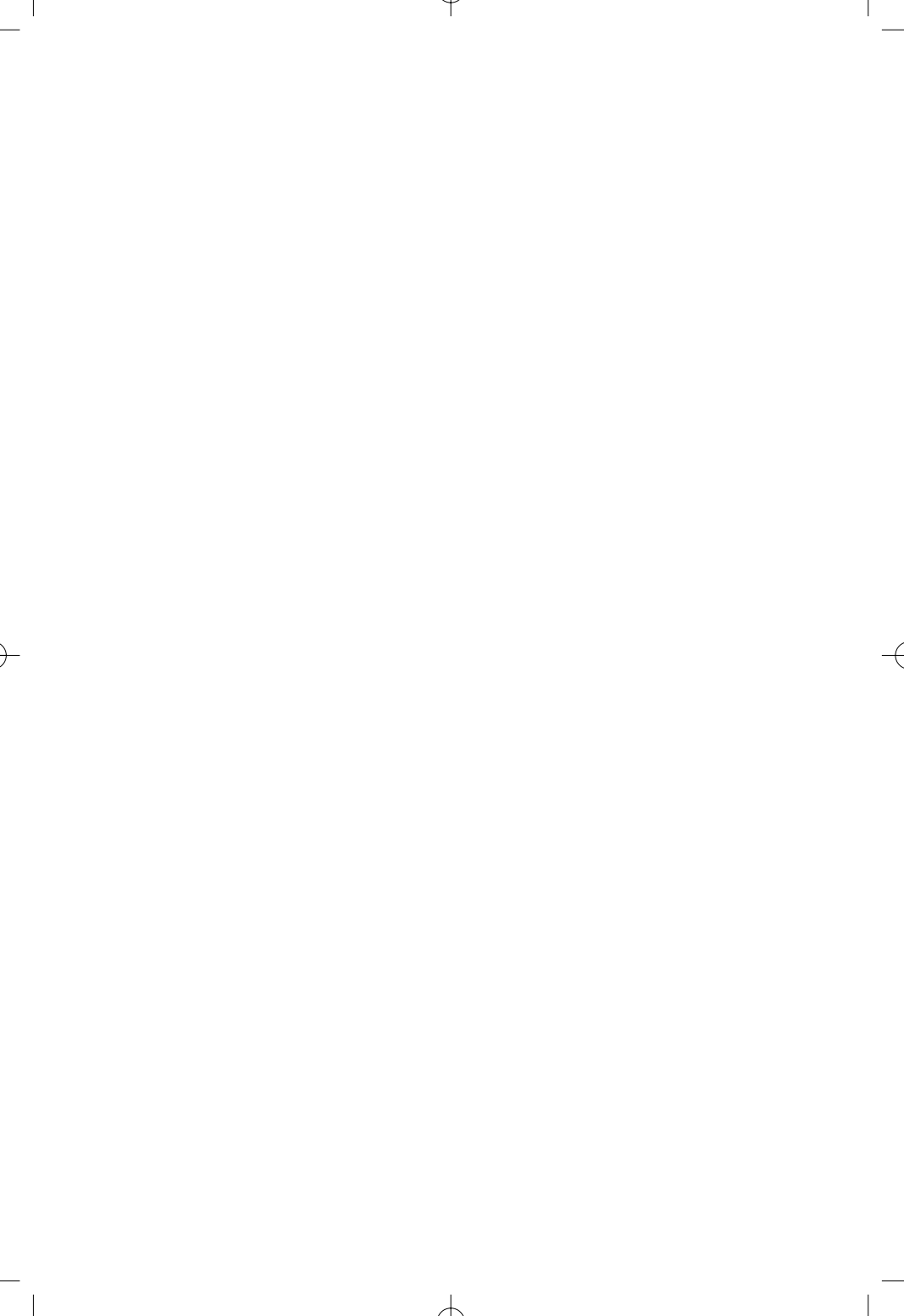
Comunismo:

La realización del ‘Tiqqun’ en el terreno de la historia.

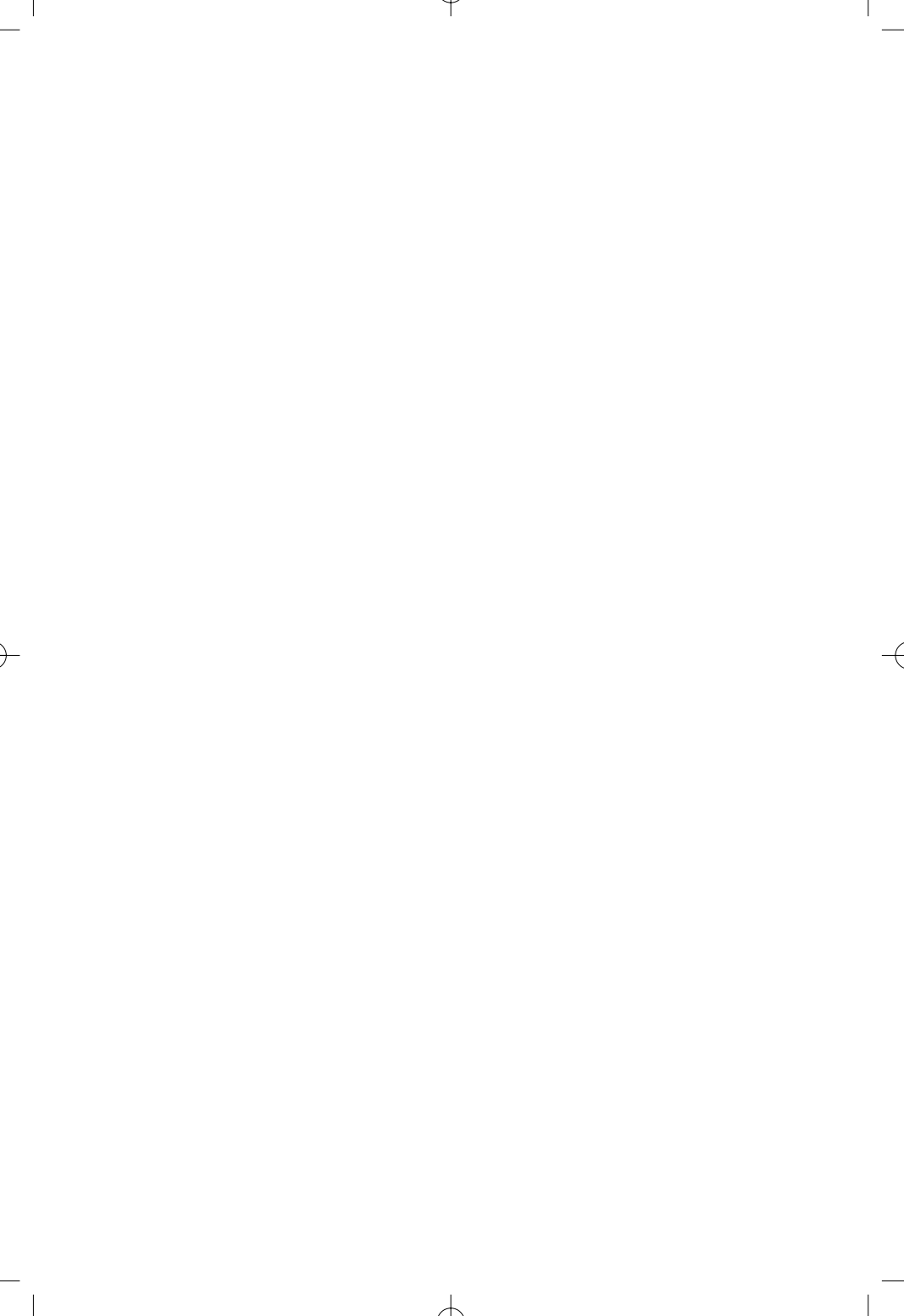
«Nuestra única preocupación es el comunismo. No hay nada *previo* al comunismo. Los que creyeron lo contrario, a fuerza de perseguir la finalidad, zozobraron con cuerpos y bienes en la acumulación de medios. El comunismo no es otra manera de distribuir las riquezas, de organizar la producción o de administrar la sociedad. El comunismo es una disposición ética: una disposición a dejarse afectar, en contacto con otros seres, por lo que nos es común. Una disposición *a compartir lo común*. El otro estado de Musil se le parece mucho más que la URSS de Jruschov» (*Teoría del Bloom*).

Primeros materiales para una teoría de la Jovencita





— *I did love you once.*
Hamlet



PRELIMINARES

I

Bajo las muecas hipnóticas de la pacificación oficial se libra una guerra. Una guerra de la que, a fuerza de ser *total*, no puede decirse que sea simplemente de orden económico, ni siquiera social o humanitaria. Mientras que cualquiera presiente que su existencia tiende a convertirse en el campo de una batalla en el que las neurosis, las fobias, las somatizaciones, las depresiones y las angustias son otros tantos toques de retirada, nadie hay que logre captar ni su discurrir ni lo que está en juego. Paradójicamente, es el carácter total de esta guerra, total en sus medios no menos que en sus fines, el que para empezar le habría permitido ocultarse bajo semejante manto de invisibilidad.

Frente a las ofensivas de fuerza abierta, el Imperio prefiere los métodos chinos, la prevención crónica, la difusión molecular de la coacción en lo cotidiano. Aquí el autocontrol individual y colectivo viene a relevar adecuadamente al control policial general. A fin de cuentas, es la omnipresencia de la nueva policía la que acaba por hacerla imperceptible.

II

Lo que está en juego en la guerra en curso son las formas-de-vida, es decir, para el Imperio, su selección, gestión y atenuación. El dominio del Espectáculo sobre el estado de explicitación público de los deseos, el monopolio biopolítico de todos los saberes-poderes médicos, la contención de toda desviación por un ejército cada vez más nutrido de psiquiatras, *coaches* y otros benévolos «facilitadores», el *fichaje* estético-policial de cada cual según sus determinaciones biológicas, la incesante vigilancia más imperativa, más cercana, de los comportamientos, la proscripción plebiscitaria de «la violencia», todo esto entra dentro del proyecto antropológico o, más bien, antropotécnico del Imperio. *Se trata de perfilar a los ciudadanos.*

Salta a la vista que el bloqueo de la expresión de las formas-de-vida —las formas-de-vida no como algo que vendría a moldear desde el exterior una materia que sin ellas sería informe, «la nuda vida», sino por el contrario, como lo que afecta a cada cuerpo-en-situación con una cierta inclinación, con una cierta moción íntima— no puede ser el resultado de una pura política de represión. Existe todo un trabajo imperial de distracción, de difuminación, de polarización de los cuerpos en torno a ciertas ausencias, ciertas imposibilidades. Su alcance es menos inmediato, pero también más duradero. Con el tiempo y por tantos efectos combinados, *SE* termina por obtener el deseado desarme, en especial *inmunitario*, de los cuerpos.

No es tanto que los ciudadanos hayan sido derrotados en esta guerra como que, negando su realidad, se han rendido desde el principio: lo que *SE* les deja a modo de «existencia» ya no es más que un esfuerzo *de por vida* para hacerse compa-

tibles con el Imperio. Pero para los demás, para nosotros, cada gesto, cada deseo, cada afecto encuentra a cierta distancia la necesidad de aniquilar al Imperio y sus ciudadanos. Cuestión de respiración y de amplitud de las pasiones. Nos sobra tiempo por esta vía criminal; nada hay que nos empuje a buscar el enfrentamiento directo. Sería incluso dar pruebas de debilidad. Con todo, se lanzarán asaltos que importarán menos que la *posición* desde la que se lancen, pues nuestros asaltos socavan las fuerzas del Imperio, mientras que nuestra posición socava su estrategia. Así, cuanto más crea acumular victorias, más profundamente se hundirá en la derrota y más irremediable será esta. Ahora bien, la estrategia imperial consiste en primer lugar en organizar la ceguera en cuanto a las formas-de-vida, el analfabetismo en cuanto a las diferencias éticas; en hacer que el frente sea irreconocible, cuando no invisible; y en los casos más críticos, en camuflar la *verdadera guerra* mediante todo tipo de falsos conflictos.

La reanudación de la ofensiva por nuestra parte exige hacer que el frente se vuelva de nuevo manifiesto. La figura de la Jovencita es una *máquina de visión* concebida a tal efecto. Algunos se servirán de ella para constatar el carácter masivo de las fuerzas de ocupación hostiles en nuestras existencias; otros, más vigorosos, para determinar la velocidad y la dirección de su avance. En lo que cada uno hace se ve también lo que merece.

III

Entendámonos: el concepto de Jovencita no es, evidentemente, un concepto sexuado. No le cuadra menos al chulito

de discoteca que a una árabe caracterizada de estrella del porno. El alegre relaciones públicas jubilado que reparte su ocio entre la Costa Azul y el despacho parisino donde aún tiene sus contactos, responde a él al menos tanto como la *single* metropolitana demasiado volcada en su carrera de *consulting* para darse cuenta de que ya se ha dejado en ella quince años de vida. ¿Y cómo daríamos cuenta de la secreta correspondencia que liga al homo conectado-hinchado-empaquetado del Marais con la pequeña burguesa americanizada e instalada en las zonas residenciales con su familia de plástico si se tratase de un concepto sexuado?

En realidad, la Jovencita no es más que el *ciudadano-modelo* tal como lo redefine la sociedad mercantil a partir de la Primera Guerra Mundial, como respuesta *explícita* a la amenaza revolucionaria. En cuanto tal, se trata de una *figura polar*, que orienta el porvenir más que predomina en él.

A comienzos de los años 20, el capitalismo se da perfecta cuenta de que no puede mantenerse como explotación del trabajo humano a no ser que también colonice todo lo que se encuentra *más allá* de la estricta esfera de la producción. Frente al desafío socialista, también tiene que socializarse. Deberá crear, pues, su cultura, su ocio, su medicina, su urbanismo, su educación sentimental y sus costumbres propias, así como la disposición a su renovación perpetua. Tal será el compromiso fordista, el estado del bienestar, la planificación familiar: el capitalismo socialdemócrata. A la sumisión por el trabajo, limitada puesto que el trabajador aún se distinguía de su tarea, le sustituye en el presente la integración mediante la conformidad subjetiva y existencial, es decir, en el fondo, mediante el consumo.

En principio formal, la dominación del Capital pasa poco a poco a ser *real*. Desde ese momento, la sociedad mercantil irá a buscar sus mejores sostenes entre los elementos marginados de la sociedad tradicional: mujeres y jóvenes, en primer lugar; homosexuales e inmigrantes, después.

Gracias a quienes hasta ayer se mantenían en minoría y que, por este motivo, eran los más ajenos, los más espontáneamente *hostiles* a la sociedad mercantil, pues no se plegaban a las normas de integración dominantes, esta puede darse aires emancipatorios. «Los jóvenes y sus madres han abastecido al modo de vida ofrecido por los anuncios de los *principios sociales* de la ética del consumidor» (Stuart Ewen, *Capitanes de la conciencia*). Los jóvenes, porque la adolescencia es el «periodo de la vida definido por una relación de puro consumo con la sociedad civil» (Stuart Ewen, *ibid.*). Las mujeres, porque es precisamente la esfera de la *reproducción*, que aún dominaban ellas, la que entonces se trataba de colonizar. La Juventud y la Femenidad hipostasias, abstractas y recodificadas como *Juvenilitud* y *Feminitud* se verán desde ese instante elevadas al rango de ideales reguladores de la integración imperial-ciudadana. La figura de la Jovencita realizará la unidad inmediata, espontánea y perfectamente deseable de estas dos determinaciones.

La *garçonne* se impondrá como una modernidad mucho más escandalosa que todas las estrellas y *starlettes* que tan rápidamente invadirán el imaginario globalizado. Albertine, reencontrada sobre la esclusa de un balneario, con su vitalidad impertinente y pansexual, volverá caduco todo el ruinoso universo de *En busca del tiempo perdido*. La estudiante de secundaria impondrá su ley en *Ferdynurke*. Ha nacido una nueva figura de la autoridad *que degrada a todas las demás*.

IV

En la hora presente, la humanidad reformateada por el Espectáculo y biopolíticamente neutralizada cree desafiar a alguien al proclamarse «ciudadana». Las revistas femeninas compensan una falta casi centenaria al poner finalmente su equivalente a disposición de los varones. Todas las figuras pasadas de la autoridad patriarcal, desde los políticos al patrón, pasando por el poli y llegando hasta la última de ellas, el papa, se han visto jovencitizadas.

Son muchos los signos en los que se reconoce que la nueva fisonomía del Capital, no esbozada hasta el periodo de entreguerras, alcanza ahora su perfección. «Cuando se generaliza su carácter ficticio, la ‘antropomorfosis’ del Capital es un hecho consumado. Es entonces cuando se revela el misterioso sortilegio gracias al cual el crédito generalizado que rige todo intercambio (del billete de banco a la letra de cambio, del contrato de trabajo o de matrimonio a las relaciones ‘humanas’ o familiares, de los estudios, carreras y diplomas posteriores a las promesas de toda ideología: todos los intercambios son a partir de ahora intercambios de apariencias dilatorias) acuña a imagen de su vacío uniforme el ‘corazón de las tinieblas’ de toda ‘personalidad’ y de todo ‘carácter’. Es así como crece el pueblo del Capital, allí donde parece desaparecer toda distinción ancestral, toda especificidad de clase y de etnia. Es un hecho que no deja de maravillar a tantos ingenuos que aún piensan con la mirada perdida en el pasado» (Giorgio Cesarano, *Cronaca di un ballo mascherato*). La Jovencita aparece como el punto culminante de esta *antropomorfosis del Capital*. El proceso de valorización, en la fase imperial, ya no

es solo capitalista: COINCIDE CON LO SOCIAL. La integración en este proceso, que ya no es distinto de la integración en la «sociedad» imperial y que ya no reposa sobre base «objetiva» alguna, exige más bien de cada cual que se *autovalore permanentemente*.

El momento de la socialización final de la sociedad, el Imperio, es por lo tanto también el momento en el que se llama a todo el mundo a relacionarse consigo mismo *como valor*, es decir, siguiendo la mediación central de una serie de abstracciones controladas. La Jovencita será, pues, ese ser que ya no tenga intimidad propia *más que en cuanto valor* y cuya actividad, siempre y hasta en los más mínimos detalles, concluya con su autovalorización. En cada instante se afirmará como el *sujeto soberano* de su propia reificación. Todo el carácter incuestionable de su poder, toda la aplastante seguridad de este ser plano, urdida de forma exclusiva por las convenciones, códigos y representaciones fugitivamente en vigor, toda la autoridad de la que se impregna en el menor de sus gestos, todo esto se ajusta a su *absoluta transparencia* ante la sociedad.

A causa precisamente de su nada, cada uno de sus juicios tiene la carga imperativa de la organización social al completo; *y ella lo sabe*.

V

La teoría de la Jovencita no surge de manera fortuita en el momento en que concluye la génesis del orden imperial y en el que este empieza a ser aprehendido como tal. Lo que sale

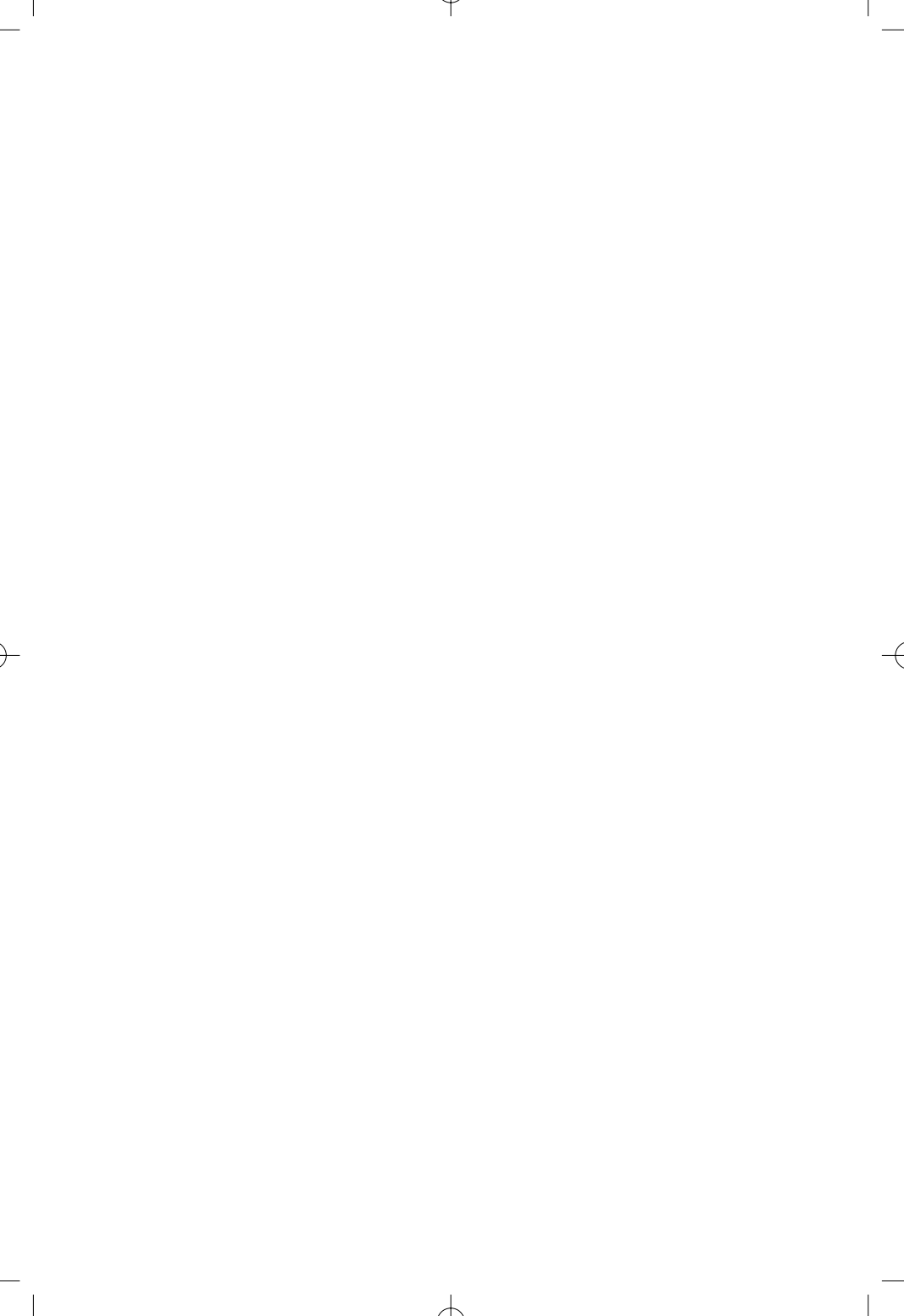
a la luz se encamina hacia su final. Y es preciso que, por su parte, el partido de las Jovencitas se escinda.

A medida que se generaliza el formateo jovencitista, se endurece la competencia y decrece la satisfacción ligada a la conformidad. Se revela necesario un salto cualitativo; la urgencia exige que nos equipemos con atributos tan nuevos como inéditos: hay que dirigirse a algún espacio todavía virgen. Una desesperación hollywoodiense, una conciencia política de telediario, una vaga espiritualidad de tipo neobudista o un compromiso con cualquier proyecto colectivo para tranquilizar la conciencia servirá para resolver la cuestión. Así nace, trazo a trazo, la *Jovencita orgánica*. La lucha por la supervivencia de las Jovencitas se identifica desde este momento con la necesidad de superación de la Jovencita industrial, con la necesidad del paso a la Jovencita orgánica. Al contrario que su ancestro, la Jovencita orgánica ya no hace alarde del impulso de no sé qué emancipación, sino de la *obsesión securitaria de la conservación*. El Imperio está herido en sus cimientos y debe defenderse de la entropía. Llegado a la plenitud de su hegemonía, ya no puede más que derrumbarse. La Jovencita orgánica será, pues, responsable, «solidaria», ecológica, maternal, razonable, «natural», respetuosa, más autocontrolada que falsamente liberada; en dos palabras: atrozmente biopolítica. Ya no imitará el exceso, sino, al contrario, la medida en todo.

Como vemos, en el momento en el que la evidencia de la Jovencita adquiere la fuerza de un lugar común, la Jovencita ya está superada, al menos en su aspecto primitivo de producción en serie groseramente sofisticada. Sobre esta coyuntura crítica de transición es sobre la que hacemos palanca.

VI

El fárrago de fragmentos que viene a continuación no constituye en modo alguno una teoría, a no ser en términos impropios —que bien podrían ser los que quisiéramos utilizar—. Se trata de materiales acumulados al azar de los encuentros, del trato y la observación de las Jovencitas; de perlas extraídas de su prensa; de expresiones recolectadas sin orden en circunstancias a veces dudosas. Se reúnen aquí en rúbricas provisionales, tal como se publicaron en *Tiqqun 1*; haría falta poner en ellos algo de orden. La elección de exponer así, en su inacabamiento, en su origen contingente, en su exceso ordinario, elementos que, pulidos, recortados, afilados, habrían compuesto una doctrina completamente presentable, es una opción, esta vez, por la *trash theory*. La astucia cardinal de los teóricos reside, en general, en el hecho de presentar el resultado de su labor de tal modo que *el proceso mismo de elaboración ya no aparezca*. Nosotros aventuramos que, frente a la fragmentación de la atención bloomesca, esta astucia ya no funciona. Hemos elegido otra. Los espíritus inspirados por el confort moral o el vicio de la condena no hallarán en esta dispersión más que caminos que no llevan a ninguna parte. Se trata menos de convertir a las Jovencitas que de señalar todos los rincones de un frente fractalizado de jovencitización. Y de suministrar las armas de una lucha que se libra, paso a paso, golpe a golpe, allá donde te encuentres.



I. La Jovencita como fenómeno

La Jovencita es vieja ya por el hecho de *saberse* joven. En consecuencia, para ella siempre es cuestión de *aprovechar* este aplazamiento, es decir de cometer los pocos excesos razonables, de vivir las pocas «aventuras» *previstas* para su edad y esto con vistas al momento en el que deberá sosegar en la nada final de la edad adulta. Así pues, la ley social contiene en sí misma, durante el tiempo en que la juventud se pudre, sus propias violaciones, que, por lo demás, no son más que derogaciones.

La Jovencita ama lo auténtico *porque es una mentira.*

La Jovencita masculina tiene de paradójico que es el producto de una suerte de «alienación por contagio». Si bien la Jovencita femenina aparece como la encarnación de un cierto imaginario masculino alienado, la alienación de dicha encarnación no tiene en sí misma nada de imaginario. De forma completamente concreta, ha escapado de aquellos cuyos fantasmas poblaba para alzarse frente a ellos y oprimirles. A medida que la Jovencita se emancipa, eclosiona y prolifera, es un sueño que convierte en pesadilla lo más cotidiano. Y es su antiguo esclavo el que regresa en cuanto tal a tiranizar al amo de ayer. Al final, uno asiste a ese epílogo irónico en el que el «sexo masculino» es víctima y objeto de su propio deseo alienado.

«Tengo ganas de que la gente esté guapa.»

La Jovencita es la figura del consumidor total y soberano; y se comporta como tal en todos los ámbitos de la existencia.

La Jovencita conoce muy bien *el valor de las cosas*.

A menudo, antes de descomponerse de forma demasiado visible, la Jovencita se casa.

La Jovencita no sirve sino para consumir, ocio o trabajo, tanto da.

La intimidad de la Jovencita, al hallarse puesta en equivalencia con toda intimidad, se ha convertido en algo anónimo, exterior y objetual.

La Jovencita nunca crea nada;
en todo **se recrea**.

Al investir a los jóvenes y a las mujeres de un absurdo plusvalor simbólico, al hacer de ellos los exclusivos portadores de dos saberes esotéricos propios de la nueva organización social —el del consumo y el de la seducción—, el Espectáculo ha libertado sin duda a los esclavos, pero los ha liberado EN CUANTO ESCLAVOS.

La más extrema banalidad de la Jovencita consiste en comprarse un o una «original».

El carácter raquítrico del lenguaje de la Jovencita, si bien representa un innegable estrechamiento del campo de la experiencia, en modo alguno constituye una minusvalía práctica, pues no está hecho para hablar, sino para complacer y repetir.

Palabrería, curiosidad, equívoco, se-dice, la Jovencita encarna la plenitud de la existencia impropia, cuyas categorías dedujo Heidegger.

La Jovencita es una mentira cuyo rostro es el apogeo.

Cuando el Espectáculo pregona que la mujer es el porvenir del hombre, es naturalmente de la Jovencita de quien quiere hablar y un porvenir de esclavitud cibernética total lo que predice.

«¡Está claro!»

La Jovencita consigue vivir con una decena de conceptos inarticulados por toda filosofía, conceptos que son categorías morales inmediatas; es decir, que toda la extensión de su vocabulario se reduce en definitiva al par Bien/Mal. Ni que decir tiene que, para poner el mundo al alcance de su mirada, es preciso simplificarlo de forma aceptable; y para permitirle vivir feliz en él, producir un buen número de mártires. Para empezar, ella misma.

«Las imperfecciones físicas muy visibles, incluso si no afectan en modo alguno a la aptitud para el trabajo, debilitan socialmente a las personas a las que transforman en inválidos involuntarios del trabajo»

(Dr. Julius Moses, *Afa-Bundeszeitung*, febrero de 1929)

En la Jovencita, lo más ligero es también lo más penoso, lo más «natural» lo más falso, lo más «humano» lo más maquínico.

La adolescencia es una categoría reciente creada por las exigencias del consumo de masas.

La Jovencita llama invariablemente «felicidad» a todo aquello a lo que *SE* la encadena.

La Jovencita no es nunca sencillamente desgraciada, es también desgraciada por ser desgraciada.

En última instancia, el ideal de la Jovencita es *doméstico*.

El Bloom es la crisis de las sexuaciones clásicas y la Jovencita es la ofensiva mediante la cual la dominación mercantil le habría dado respuesta.

Del mismo modo que no hay castidad en la Jovencita, tampoco hay depravación. Sencillamente, la Jovencita es ajena tanto a sus deseos como a su cuerpo. El tedio de la abstracción fluye con la lefa.

No hay nada que la Jovencita no pueda introducir en el horizonte cerrado de su irrisoria cotidianidad: la poesía tanto como la etnología, el marxismo tanto como la metafísica.

«*Albertine no es de lugar alguno y eso la hace muy moderna: revolotea, viene, va, de su ausencia de vínculos obtiene una inestabilidad, un carácter imprevisible, que son los que le dan su poder de libertad*» (Jacques Dubois, *Pour Albertine: Proust et le sens du social*).

Cuando se dirige de forma clara a la Jovencita, al Espectáculo no le repugna un poco de *batbmología*. Así, las *boys band* y las *girls band* tienen como único contenido poner en escena el hecho de que ponen en escena. La mentira consiste aquí, por medio de tan grosera ironía, en presentar como mentira lo que no es más que la *verdad de la Jovencita*.

**A la Jovencita a menudo le dan mareos
cuando el mundo cesa de girar en
torno a ella.**

La Jovencita se concibe como detentadora de un poder sagrado: el poder de la mercancía.

«Adoro a los niños, son hermosos,

honestos y huelen bien.»

La madre y la puta, en el sentido de Weininger, están igualmente presentes en la Jovencita. Pero apenas es más digna de respeto por lo uno que de reprobación por lo otro. Con el transcurso del tiempo, podrá observarse incluso una curiosa reversibilidad de la una en la otra.

La Jovencita es fascinante al modo de todas las cosas que expresan una clausura sobre sí mismas, una autosuficiencia mecánica, una indiferencia hacia el observador, tal como hacen el insecto, el lactante, el autómatas o el péndulo de Foucault.

¿Por qué la Jovencita debe fingir siempre cierta actividad?

Para mantenerse inexpugnable en su pasividad.

La «libertad» de la Jovencita rara vez va más allá del culto ostentatorio a las más irrisorias producciones del Espectáculo; tal libertad consiste exclusivamente en oponer la huelga de celo a las necesidades de la alienación.

EL PORVENIR DE LA JOVENCITA: NOMBRE DE UN GRUPO DE JOVENCITAS «COMUNISTAS» CREADO EN LA ZONA SUR DE PARÍS EN 1936 PARA LA «DISTRACCIÓN, LA EDUCACIÓN Y LA DEFENSA DE SUS INTERESES».

La Jovencita quiere ser deseada sin amor o bien amada sin deseo. En cualquier caso, la desgracia está asegurada.

La Jovencita

tiene sus HISTORIAS de amor.

Basta con recordar lo que entiende por la palabra «aventura» para hacerse una idea bastante justa de lo que la Jovencita puede temer de lo posible.

La vejez de la Jovencita no es menos repugnante que su juventud. De un extremo al otro, su vida no es más que un progresivo naufragio en lo informe y jamás la irrupción de un porvenir.

La Jovencita se pudre en el limbo del tiempo.

Respecto a la figura de la Jovencita, tanto las diferencias de edad como las de género son insignificantes. No hay edad para verse afectado de *juvenilitud*, ni sexo que prohíba agregarse una piel de feminitud.

Al igual que esas revistas que *SE* le reservan y que ella devora tan dolorosamente, la vida de la Jovencita se encuentra dividida y ordenada en otras tantas secciones, entre las cuales reina la más grande separación.

LA JOVENCITA ES LO QUE, NO SIENDO OTRA COSA, OBEDECE ESCRUPULOSAMENTE A LA DISTRIBUCIÓN AUTORITARIA DE LOS ROLES.

El amor de la Jovencita no es más que un autismo para dos.

Eso que aún se llama virilidad no es más que el infantilismo de los hombres, del mismo modo que la feminidad es el infantilismo de las mujeres. Por lo demás, tal vez debería hablarse de virilismo y de «feminismo», cuando tanto voluntarismo se mezcla con la adquisición de una identidad.

La misma obstinación desengañada que caracterizaba a la mujer tradicional, confinada en el deber de asegurar la supervivencia, se desarrolla hoy en la Jovencita, aunque esta vez emancipada tanto de la esfera doméstica como de todo monopolio sexuado. En lo sucesivo se expresará por todos lados: en su irreprochable impermeabilidad afectiva al trabajo, en la extrema racionalización que impondrá a su «vida sentimental», en su forma de caminar, tan espontáneamente militar, en su forma de follar, de ponerse de pie o de teclear en su ordenador. No será de otro modo como lave su coche.

«Resulta particularmente instructiva esta información que recojo de unos conocidos grandes almacenes de Berlín: “A la hora de contratar personal de ventas y administrativo”, dice un influyente caballero del departamento de personal, “nos fijamos ante todo en su aspecto agradable”. Desde lejos recuerda un poco a Reinhold Schünzel, en las viejas películas. Le pregunto qué entiende él por